

rios humanos, dedicáseis vuestra inspiración y aplicárais vuestro gallardo mocerío!

.....

Del muelle á las bodegas y de las bodegas al muelle siguen estirándose y encogiéndose en cadena viva las hembras del carbón.

Allá, en Inglaterra, en Alemania, en Bélgica, en Francia... millones de hombres carboneros se alzan en rebeldía, proclamando el advenimiento de una sociedad nueva...



Xerín

Xerín viaja con nosotros. Villagarcía llora la ausencia de Xerín. Este contempla desde popa su pueblo natal, que va achicándose, según avanzamos mar adentro, hasta desaparecer tras un cortinaje de espumas. Xerín se sienta sobre un rollo de cable, apoya en el codo su barba y sonríe bajo la lluvia.

¿Quién es Xerín?

Un golfillo villagarciano; un hermano espiritual del pájaro que lleva su nombre y alegra con sus trinos los bosques de la seductora Galicia. Xerín regocija la ciudad con las vibraciones de su alma pícara y sutil. Como su tocayo con alas, va y viene de árbol á árbol improvisando arpegios, va Xerín de una en otra

casa, haciendo chistes. Picoteando aquí y allá semillas que se desprendieron del fruto, gérmenes que la tierra abortó, se alimenta el pajarillo de la selva. Con migajas caídas de la mesa del pobre, con piltrafas sobrantes en las cocinas de los ricos, se alimenta Xerín.

Al caer la noche, el pájaro cantor mulle su lecho en cualquier rama. Xerín duerme en cualquier agujero. Al primer rayo del sol, abre el pajarillo sus alas y hiende, cantando, la atmósfera; al primer rayo de sol, se despeza Xerín y entra riendo por las calles. Entre la bestezuela y él, sólo una diferencia existe: Antes de comenzar su vuelo, el pájaro alisa con el pico sus alas, limpia en el ramaje sus garrillas y pico, hace su tocado. Xerín, no. Sale de su agujero sin prólogos de tocador, orgulloso de sus harapos y su roña, dejando á la lluvia y al viento el cuidado de acpillarle y de lavarle.

Este es Xerín, éste fué Xerín, hasta su embarque en el *Felisa*; un pingajillo humano; una sonrisa dibujándose sobre una desventura; una gran miseria disfrazada de histrión.

Sus chistes son los cascabeles del disfraz.

Xerín padece la más cruel de las orfandades. Es huérfano con padres vivos.

Los padres no se ocupan de él. Arréglese las como pueda; para ello es gracioso, y el villagarciano señorío paga con sus perras las gracias. Ande el astroso pajarillo por calles y plazas, ganando la existencia en parásito, á costa de su envilecimiento y de su perversión moral. Prostitúyase el ángel en viles menesteres. ¿Qué importa eso á los padres?

Recuerdo que su engendrador, al despedirse de Xerín, ni vertió una lágrima, ni le ciñó contra su corazón, ni puso en sus labios un beso. No vale culpar tampoco á los padres. Acaso al igual del niño se educaron. Es la triste herencia de abandano, de infamia y desafecto, transmitiéndose, como un epidémico virus, de prole en prole.

La madre es alcohólica, borracha empedernida. Por su remoquete, no por su nombre, la conocen: *La Mar Salada* es el mote de esta mujer, en su mocedad bella. Al presente, destruída por el alcohol, vieja antes de tiempo

recorre la ciudad dando tumbos, con las greñas deshechas, los párpados lagrimeantes y la boca repujada en espumarajos. El padre, zapatero de oficio, se *amona* también en sus ratos de holganza, que son los más del año. Bajo de estatura, pálido de color, enjuto de carnes, tiene en sus movimientos flexibilidades reptiles. Teme uno que, al tocarle, va á tropezar en carne viscosa. Sus inquietas pupilas tienen reflejos de topacio.

Por tales padres vino Xerín al mundo. De ahí que, á los catorce años, aparente físicamente, diez; veinte, por las vivezas de su ingenio rufián. La ruin herencia fisiológica, refleja en su cuerpecillo raquítico; el alcohol llamea en su cerebro; de ahí la luz que irradia.

Esta luz brilla intermitente y rápida como la del soplete; pero brilla en la obscuridad, entre sombras de ignorancia y de perversión. El chiquillo no ha recibido enseñanza alguna. Le estafaron, en su cuna de harapos, el amor maternal, sostén y guía de la infancia; y el alma del niño va y viene convulsa, al igual que una mariposa en un campo de ortigas. Le fal-

tó el maestro, y no sabe leer ni escribir. Sin embargo, es inteligente y es bueno. ¡Noble pasta de hombre, destinada á perderse por falta de molde que la contornee y de manos que la trabajen!...

¡Enseñanzas! No muy nobles las hubo en su vivir á lo huésped de Monipodio. ¿Qué iba á aprender en los cafés de Villagarcía, escuchando á los señoritos hablar de sus mujeriegas andanzas, apurando con ellos copas de coñac y de whisky, fumando cigarros, siguiendo el volteo de las cartas encima de veladores y tapetes? ¿Por qué derroteros iba á echar su conciencia, dado, como estaba, á traer y llevar cartas y regalos y citas á cupletistas y cantoras? ¿Qué iba á aprender en las casas de lenocinio, siendo payaso de sus frecuentadores, juguete lascivo de sus hembras, á veces? ¿Qué podría ser de él, cuando el avance de los años trocara al niño en hombre?

Algo muy triste, algo que el presidio recogería, si antes no lo recogía la tisis.

De esto hablábamos en el café Poyán, de Villagarcía, el simpático corresponsal de *El Li-*

beral, Delfín Estévez, el capitán, los oficiales del *Felisa* y yo, mientras Xerín mascaba un puro y sorbía un *bock* de cerveza.

... Por común y espontáneo impulso, acordamos traer al niño al *Felisa*.

Y aquí está, en el vapor, sentado sobre el rollo de cuerda, con la barba en el puño, la pícaro sonrisa en la boca y los ojos puestos en el cortinaje de espumas que oculta la ciudad.

¿Qué futuro le aguarda? ¿Hicimos mal ó bien con traerle? ¿Será buena ó será mala obra recoger de entre los abrojos al pajarillo de las selvas y meterlo dentro de una jaula?

En su nueva existencia puede hacerse hombre honrado, ciudadano instruído. ¿Será por ello más feliz que en su vida de vagabundo? Ahora va á ser más civilizado. Antes era más libre.



Ida y vuelta

Dos vapores se cruzan en la boca del puerto almeriense. El uno va hacia la América que fué española; de ella viene el otro. En ambos es el pasaje numeroso. Las cubiertas negrean; parecen hormigueros. Según que el *Felisa* acorta la distancia, se contornean los enjambres, se recortan, individuo á individuo, entre los grises del Poniente.

La mayor parte son obreros: trabajadores desahuciados, que hacen rumbo á tierras lejanas para conquistar el pan que su patria les niega; trabajadores que á su patria retornan, después de luchar por la vida en el extranjero país.

Los que van llevan sus harapos y sus cor-

porales miserias enriquecidas por la esperanza; en sus labios se esboza la sonrisa, en sus ojos relampaguea la satisfacción. Al dolor de la despedida sobreponese el goce de romper la cadena, hecha con eslabones de hambre, que les sujetaba al terruño. Son esclavos en fuga. ¿Dónde irán á caer? Esto, de momento, no importa. El hecho es que la argolla está rota. ¡Adelantel... El espacio es ancho; el camino dorea bajo el sol.

El vapor con destino á América leva sus anclas y pasa por entre el *Felisa* y el vapor que vino de América. El pasaje en emigración vocifera, sacude al aire los pañuelos, saluda, sombrero en diestra, al porvenir. Del pasaje en inmigración, del que retorna y contempla la salida del buque, brota un solo grito: ¡No vayáis á América!... ¡No vayáis á América!... dice el grito. Su entonación es agria, sus ecos vibran lúgubres en la atmósfera.

Resumen del grito, traducción fiel de los desengaños que lo inspiran, es el pasaje de retorno. Treinta ó cuarenta obreros, pertenecientes á él, reembarcan en el *Felisa* para di-

rigirse á Cartagena, á Alicante, á Valencia y á Barcelona. Tan miserables, tan rotos como los que van, aparecen los que regresan. Sólo se distinguen de aquéllos, en que sus harapos y su miseria no están enlucidos por la esperanza; ennegrecidos están por la decepción. En sus labios no hay risas; no hay en sus pupilas resplandores gozosos. Un mohín escéptico contrae sus bocas; un guiño irónico recoge en sus párpados la luz. No son el esclavo que, rota la argolla, emprende la fuga, sonriendo á la libertad, sin poner mientes en las peripecias del viaje. Son el esclavo que los perros cazadores devuelven á su amo, arrasándole con las tenazas de sus dientes.

—¿Qué más da un pueblo que otro?—dicen con su grito á los que se van los que vuelven.—Para el ignorante, para el abandonado, para el explotado, toda la tierra es cárcel, todo el mundo es ergástula. El amo de aquí y el de allá proceden igualmente. Tan instrumento de sus codicias serás en patria americana, como en patria española. No perderás en el viaje la condición de siervo, no cambiarás, al desem-

barcar en las playas ultramarinas, la cédula de bestia por la cédula de hombre. No es una mudanza de suelo geográfico la que ha de traernos la ventura; es una mudanza de la geografía social la que necesitamos para ser felices en cualquier parte y á toda hora.

—Mientras ello no ocurra, ¿á qué embarcarse? ¿A qué sufrir el zamarreo de las olas? ¿A qué ofrecer los brazos en el extranjero país? ¿A qué ir paseando vuestra miseria de un extremo á otro extremo del mundo? ¡Necios!... Dentro de unos años volveréis como os fuisteis. Acaso alguno, por excepcional energía de su temperamento, por capricho raro del sino, mejore su fortuna. Los restantes... Regresaréis, como nosotros, haraposos, hambrientos, miserables, con algunos años más en las arrugas de la piel y algunas esperanzas menos en los pliegues del alma!...

El *Italia* emproa la bocana del puerto. Aún se escucha el vocerío de los obreros; aún sus pañuelos blanquean en el aire. Del otro barco sigue saliendo el grito lúgubre: ¡No vayáis á Américal... ¡No vayáis á Américal!...



Montones de sal.

Al revolver de alta montaña, condenada por la Naturaleza á perpetua infecundidad, álzase una población de casas blancas, rematadas por orientales azoteas. Es Torre vieja, villa española con apariencias de aduar árabe.

Frente á algunas casas—las más humildes—álzase una palmera, á cuya sombra raquítica se descubre un pozo de brocal redondo, cisterna árabe donde acuden las mozas á llenar sus cántaros, mientras los mozos las requiebran cuando van camino de la salina ó del terruño.

Aquellas mozas pálidas, de cara oval, cabellos oscuros, ojos negrísimos y gentiles for-

mas, recuerdan, cuando se dirigen hacia la cisterna, con la cantarilla encaderada y los ojos perdidos en las azulosidades del espacio á las doncellas de la leyenda bíblica que soñaban amores junto á las frescuras del pozo asiático; como recuerdan los mozos que las miran de lejos ó se acercan para pedirles un sorbo de agua á los pastores hebreos que buscaban alimento para la sed de sus cuerpos y de sus espíritus, junto á las hijas de los terrenos patriarcales...

Cerca de las tales viviendas cruzamos, encaminándonos hacia la salina, bajo un sol de fuego que convertía en rescoldo abrasador la arena por nuestros pies hollada. En todo el largo del camino descubriáanse una planta ó un árbol... Arena, ¡siempre arena!... Sólo al término del horizonte veíase una mancha verde, un oasis ruín, en los límites del cual, volvía á extenderse la arena amarilla, caldeada por el sol rojo.

¡Extraño fenómeno!... Cuando llegamos al oasis vimos extenderse frente á nosotros incontables montículos cónicos, grandes mon-

tones de nieve que salpicaban la llanura, cubierta de nieve también.

¿Nieve en medio de aquel abrasado desierto?... ¿De dónde había caído? En el cielo transparente y azul no flotaba una nube. De caer antes la nieve, el sol debía haberla derretido ya, con el asfixiante fuego de sus rayos; no obstante, los montículos cónicos, los blancos montones, el alabastrino polvillo desafiaban el incendio solar, como si la nieve, traída á aquellas regiones por alguna locura geológica, hubiera resuelto vivir en ellas siglos y más siglos petrificándose para lograrlo, haciendo escarnio de todas las leyes naturales, de todas las combinaciones atmosféricas.

¡Un trozo de Siberia en una plazoleta del Sahara!... ¿Era esto verdad? ¿De dónde procedía aquella nieve iderritable? ¿De dónde aquel hormiguero de seres negruzcos, inclasificables por la distancia á que se hallaban de nosotros, que iban y venían de los montones blancos á los carriles de transporte, conduciendo arrobos y arrobos de nieve para colocarla en las vagonetas?

Aquellos montes no eran nieve, eran sal; los seres, inclasificables por la distancia, jornaleros que trabajaban en un infierno al aire libre; infierno que, para mayor escarnio y burla de los miserables obreros, había construido el cielo con rayos, asesinos entonces, de su lumbre fecundadora.

¡La sal! ¿Conocéis la leyenda que presidió su nacimiento?

El mar pecó un día; cometió la locura de arrojar sobre la tierra, violándola con sus caricias húmedas y amargas. La Naturaleza, indignada, condenó al mar rebelde á terrible emparedamiento; el mar, esclavizado, amarrado, inmóvil, sujeto á las inclemencias del sol, perdió poco á poco sus energías, fué momificándose lentamente y murió, amortajándose en sudario blanco. El cadáver se convirtió en cenizas. Esas cenizas son la sal que los hombres conducen á las bodegas de los barcos para sazonar la sangre humana con su vivificante polvillo.

Los obreros son los transportadores de esos granos salobres más precisos á la vida

de los seres que los granos de oro. Ellos se encargan de repartir montones de salud por el mundo, y, bárbaro contraste, por llevar encima la salud de los otros, pierden la suya.

La pierden porque no es trabajo, sino martirio inicuo el que padecen bajo aquella atmosfera de fuego, trajinando sin descanso horas y horas para que el buque no retrase su marcha y el mercader no pierda un segundo en las urgencias de su tráfico.

No es trabajo, no es libre oficio, no es equitativa tarea la que realizan los cargadores salineros; es esclavitud, tortura cruel, labor de bestia, ¡qué de bestial, de siervo.

Yo los he visto durante doce horas interminables ir y venir de la playa al vapor con sus barcazas llenas de sacos, cargar los sacos á hombro encima del muelle, arrojarlos en el fondo del pesado transporte, empuñar los remos, conducir la lancha al costado del buque, amarrar los sacos, izarlos, dejarlos caer por la ancha boca de la sentina, y, una vez dentro de ella, volverlos á cargar para acomodarlos en condiciones de que no sufran deterioro.

He visto cómo el *Felisa* pedía sacos y más sacos con sus insaciables bocas abiertas, y cómo los trabajadores alimentaban al monstruo glotón, sin tener reposo, sin lograr tregua, caminando del buque al muelle y del muelle al buque con trajín de recua hostigada por los varazos del arriero.

Les he visto hacer eso, realizar eso, sufrir eso, cargar ocho mil sacos de sal en doce horas para repartirse un jornal mezquino y seguir muriéndose de necesidad y miseria.

¡Pobres gentes!... Cuando, terminada su faena, volvían al muelle, moviendo las barcazas con el impulso de los remos, no me parecieron hombres libres que regresaban del trabajo; parecíéronme aquellos cautivos de las galeras turcas que, explotados por amos sin entrañas, remaban hasta caer sin sentido al suelo, y se alzaban de él para roer un mendrugo de pan ó para doblarse bajo el rebenque implacable del cómitre.



Adiós.

Según se acerca el momento de dejar el *Felisa*, va ensombreciéndose y entristeciéndose mi espíritu. ¡Han sido tan hermosos, tan saludables para mí estos meses de aislamiento y de paz!...

Valencia, Vinaroz, Tarragona, pasaron y se perdieron, como fantasmas, bajo las neblinas crepusculares.

¡Qué diferencia entre la ciudad que los griegos fundaron y la ciudad donde establecieron los romanos su comercial emporio!... En Valencia el alma griega vive, triunfadora y pagana, para perpetuar la existencia de un pueblo artista. En Tarragona el alma romana su-

cumbió devorada, absorbida por el alma católica, por el fanatismo católico.

Valencia, orgullosa de su pasado helénico, nos ofrece un esplendoroso presente, con su caserío alabastrino, con sus florecientes industrias, con su huerta pródiga, con su arte viril. Músicos, pintores, escultores, poetas ennoblecen los blasones de la ciudad y llevan alto por el mundo el nombre de esta España que sus políticos y administradores envilecen y arruinan.

Y no es patrimonio exclusivo de los Sorolla y de los Benlliure, de los Fillol y los Benedito, de los Llorente y de los Blasco este culto á lo bello, este sentimiento de lo bello. La raza entera lo lleva diluído en la sangre y quintaesenciado en los nervios.

Díganlo si no las valencianas ferias, con sus bailes sensuales, con sus *fallas* satíricas, con sus fastuosas cabalgatas y con sus batallas de flores, que transforman la Alameda en ancho tapiz multicolor por donde pasan y repasan en sus pintorescas carrozas las hijas pálidas del Turia.

En Valencia todo habla á la vida, á la libertad, al amor; todo proclama el viaje augusto de la Humanidad hacia el porvenir.

Tarragona es una ciudad muerta, una petrificación dolorosa. Sus grandezas están dentro de los sepulcros; catedral, Casa de Pilatos Museo Arqueológico... Ruinas y reliquias de lo que ya no existe: ello es lo único de que puede Tarragona ufanarse. Sus bellezas son del pasado. Hoy nos ofrece un puerto, casi siempre vacío; un caserío gris, muchas procesiones y ejércitos de seminaristas y curas, que suben y bajan por las calles en cuesta como arroyos negros é infecundos.

Nada le falta á Tarragona para ser una gran población. Su cielo es bellissimo; su mar se abre hacia el mundo civilizado en azul curva luminosa; sus habitantes son inteligentes y activos. No le falta nada. Le sobran esos arroyos negros que culebrean por las calles en cuesta esterilizando todo progreso, matando toda actividad, asustando á la vida, que huye de la Tarragona clerical y reaccionaria, para refugiarse en la Reus democrática y librepensadora.

También luchan democracia y progreso por hacer camino al futuro en la que fué, durante las campañas carlistas, Bilbao del Maestrazgo, en esa Vinaroz heroica, que no se arredró ni se rindió ante las ferocidades de Cabrera y ante el salvajismo de Cucala.

Cercados, maltratados, arruinados por un caciquismo reaccionario y desaprensivo, los demócratas—al decir demócratas quiero decir republicanos y socialistas de toda índole—, los demócratas de Vinaroz no se rinden, no se acobardan hoy tampoco.

He visitado el centro que sostienen en la ciudad, he conversado con ellos larga y fraternalmente, y he visto lo que siempre vi, no ya en Vinaroz, en pueblos de menos importancia, hasta en las aldeas y en los campos: el ansia, el deseo, no diré la conciencia, pero sí el instinto de renovaciones y de regeneraciones sociales.

¡Ah, si los grandes oradores de la democracia, á cuenta de predicar la Era nueva en ciudades, grandes también, donde la predicación sobra, porque se predica á los convencidos y

á los fuertes, fueran por las villas, por las aldeas, por los campos, evangelizando y organizando, realizarían una hermosa labor!

¡Tal vez no alcanzarán tantas y tan fáciles ovaciones; tal vez no llegaran al periódico los extractos de sus programas y discursos; pero en el alma del villano, del aldeano, del campesino quedarían!... Mientras esto no se haga, la obra de la democracia española resultará infirme. Aunque el edificio logre ponerse en pie, será por breve tiempo. Sin cimiento sólido, los edificios duran poco. El cimiento de la regeneración española está en esos campos, en esas aldeas, donde las voces eminentes de la democracia española no se dejan oír.

*
**

Una hora, otra, otra, no más que otra ya, y después Barcelona, y con Barcelona, mi adiós á este *Felisa*, mi viaje al Madrid de mis derrotas y mis triunfos, de mis grandes alegrías y mis grandes dolores...

El paréntesis de olvido y de paz va á cerrarse. Hay que recomenzar la lucha, hay que

seguir dejando en ella cachos del alma y tiras de la piel. Tantos dejé ya, que recomenzar la pelea me produce un algo de miedo y un mucho de tristeza.

¡Adiós, capitán; adiós oficiales y maquinistas y marineros del *Felisa!* ¡Adiós!

Pronuncio este ¡adiós! á mis solas, sin que nadie lo escuche. Luego vendrá el adiós oficial. Este de ahora sale del alma y dentro de ella queda.

Puede que sea espuma de ola, puede que sean lágrimas; lo cierto es que mis párpados se humedecen, que una gota de espuma ó de llanto resbala hasta mi boca y que tiene amargo el sabor...

FIN

